

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

Juan Bayetto  
Por la Facultad

Horacio B. Ferro  
Por el Centro de Estudiantes

Juan J. Guaresti (h.)  
Por el Colegio de Graduados

#### SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

#### REDACTORES

Vito N. Petrerá  
Silvio Pascale  
Por la Facultad

José D. Mestorino  
Emilio Bava Giachetti  
Por el Centro de Estudiantes

---

AÑO XXI

MAYO DE 1933

SERIE II, N° 142

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES

de José González Galé

## El problema de la población

### CAPÍTULO II

#### EL MOMENTO PRESENTE

##### I

Las dos corrientes de pensamiento que, desde que se consideró seriamente el problema de la población pretenden plantearlo con mayor precisión y, por lo tanto, hallarse más cerca de la solución verdadera: la que sólo considera el peligro de la superpoblación, y la que teme que llegue un día a plantearse, en determinado lugar, el problema contrario: la escasez de habitantes, que Polibio llamó "oligantropía", siguen luchando en pleno siglo XX, en el libro, en la revista, en la cátedra, en los congresos internacionales.

Considerando el mundo como una unidad, es decir, prescindiendo de las mil y una diferencias que separan a los hombres en grupos, subgrupos y partículas de subgrupos, es evidente que sólo cabe el problema de la superpoblación; el peligro de que, en un momento dado, la tierra sea incapaz de producir todo lo necesario para sustentar a todos sus hijos.

Pero esa hipótesis no corresponde, ni mucho menos, a la realidad actual. Más aun, hay serios motivos para temer que no haya de corresponder jamás a la realidad. Cuando, sólo en el mundo occidental, en lo que hemos convenido en reconocer como la más alta expresión de la cultura y del progreso, carecen de pan más de 30 millones de hombres, y, simultáneamente, los países productores de trigo: Argentina, Canadá, Estados Unidos, Australia, tropiezan con insalvables dificultades para colocar sus cosechas en condiciones que recompensen, siquiera sea mediocremente, los afanes de los trabajadores del campo, es difícil creer que el mundo llegue a constituir una unidad.

Sobre nuestro globo viven hombres de distintas razas; en cada raza se cuentan diversas estirpes; y cada una de éstas se subdivide en naciones y pueblos cada vez más diferenciados.

No: no parece posible — por lo menos mientras los sentimientos humanos no sufran una honda transformación, que no se vislumbra — que pueda llegarse a considerar el mundo como una unidad, donde los que tropiecen con dificultades para vivir en una región puedan trasladarse, libremente y sin trabas, a otra cualquiera; donde la palabra hombre signifique hermano; donde no se carezca de pan en un rincón mientras se pudre el trigo en otro.

Luego, en la hora presente — hora cuya duración no puede precisarse, pero que fundadamente podemos suponer bastante larga —, no se puede encarar el problema con tanta sencillez. Hay que tomar en cuenta los diversos factores que lo complican.

Sin embargo, puede ser útil prescindir, por un momento, deliberadamente, de toda clase de complicaciones y examinar el problema bajo su aspecto más simple.

Ello nos permitirá llegar a ciertas conclusiones de carácter *previo* — de carácter *extremo*, podríamos decir, en cierto sentido — para ver luego, una vez que dejemos que la realidad vaya introduciendo diversas complicaciones, cómo esas conclusiones previas se modifican amoldándose a las nuevas circunstancias.

## II

Consideremos, pues, con carácter provisorio, que el mundo es una unidad.

¿Hasta qué límite puede seguir creciendo su población? A principios del siglo XIX se estimaba en 700 millones — pongamos 800, como máximo — la población total del globo. A fines del mismo siglo se la apreciaba en 1.500 millones; en 1920, en 1.700 millones; a fines del año 1930, el anuario estadístico de la Sociedad de las Naciones da una cifra muy próxima a los 2.000 millones.

Alguien ha dicho que ese crecimiento vertiginoso es más aparente que real; que buena parte de él se debe a una mejor información, a un más preciso conocimiento del número de gentes que habitan regiones sobre las cuales no se tenían antes sino vagas noticias.

Aun así, es evidente que la especie humana se multiplica hoy día a una tasa muy elevada.

Naturalmente no hay que tomar en cuenta los movimientos migratorios. Si el mundo es *una* unidad — como suponemos, por ahora — poco importa que una cierta masa de población se traslade de una región a otra. Lo que interesa es el crecimiento *total*: el crecimiento que llamamos vegetativo, saldo positivo entre los nacimientos y las muertes.

Un profesor norteamericano — Mr. Edward M. East, de la Universidad de Harvard — ha publicado hace ya ocho años un libro titulado *Mankind at the crossroads* (La Humanidad en una encrucijada) y en él hace una serie de consideraciones pesimistas.

Afirma que la ley de Malthus, despojada de toda la hojarasca inútil, es hoy tan actual como lo era a fines del siglo XVIII y que así han debido reconocerlo biólogos y economistas. “Sólo — dice — si se pudiese comprobar un decrecimiento “progresivo en la fecundidad humana, podría echarse la ley “de Malthus al canasto de las teorías en desuso; pero no hay “síntoma alguno que permita hacerlo así”.

Lamenta que la imprevisión esté tan en auge y que los hombres llamados dirigentes no vean los peligros que amenazan a la humanidad. “En el ejército — escribe — el que avanza “sin armas, sin provisiones, sin elementos sanitarios, sin pre- “visión alguna, es sometido a la corte marcial; en la vida civil “le llamamos optimista y le confiamos el mando.”

La época presente es, en todo, la de la velocidad. En medio millón de años la humanidad sólo llegó a contar 800 millones; en los 100 años del siglo XIX alcanzó a duplicar ese número con exceso. La tasa actual de crecimiento no podrá, pues, mantenerse indefinidamente.

Otro famoso estadígrafo, el australiano G. H. Knibbs, en un libro substancioso y sugestivo, *The shadow of the World's future* (La sombra del porvenir del mundo), se ocupa del mismo tema con acopio de datos concretos. Admite que la tasa actual de crecimiento es tal que la población del mundo se duplica cada 80,54 años, y partiendo de una población de 1.950 millones en 1928 — año en que él escribe —, establece las siguientes cifras:

Año	Millones de habitantes	Año	Millones de habitantes
1928.....	1.950	2169.....	15.600
2008.....	3.900	2250.....	31.200
2089.....	7.800	2330.....	62.400

Knibbs considera imposible que en la tierra pueda haber lugar para *quince mil millones de habitantes* y se pregunta de qué modo se detendrá la reproducción de la especie humana, sin llegar a darse una respuesta enteramente satisfactoria.

Un minucioso análisis — que no podemos seguir en detalle — de los recursos naturales del globo y de las necesidades del hombre, va confirmando sus puntos de vista con respecto a la limitación de los recursos que la tierra ofrece a la humanidad, lo que traba, por consiguiente, su capacidad de reproducción, y llega a obtener — por distintos métodos de análisis — como población *máxima* de la tierra, cifras que varían entre sí considerablemente. La media entre los siete resultados así obtenidos es de 6.482 millones de habitantes. Pero Knibbs — que sabe cuán aventurado es hacer profecías en estas materias — se abstiene de asegurar que esos 6.500 millones constituyen un límite infranqueable.

Dejando de lado las vicisitudes de la naturaleza, la máxima población posible es función de hechos y circunstancias muy variadas, como ser:

- a) la eficiencia de la organización humana.
- b) la distribución apropiada de los hombres sobre la tierra.
- c) el standard — nivel medio — de vida.
- d) el grado de libertad alcanzado con respecto a los movimientos migratorios.

### III

Hemos considerado la cuestión desde un punto de vista demasiado amplio. Restrinjámonos.

El mundo no es una unidad — ¿lo será algún día? —. Los movimientos migratorios están contenidos por mil y una disposiciones contradictorias de estados que sólo tienen en vista lo que consideran su interés particular. Múltiples cuestiones dividen a los hombres. Tratemos de ver un poco claro en medio de tantos y tan complejos elementos.

Desde luego, eliminada la hipótesis de que la tierra sea una unidad, cabe ya considerar que — en un lugar determinado de ella — sea un peligro la *oligantropía*: la insuficiencia de hombres. En nuestro país, sin ir más lejos. Y aquí nos sale al paso un concepto moderno, que presenta gran interés: el de la *población óptima*: óptima, en este caso, se refiere no a la calidad, sino a la cantidad. En realidad fuera mejor decir: *densidad óptima*.

¿Cuándo es óptima la densidad de un país? Depende, naturalmente, de los recursos que este país posea, entendiéndose por *recursos*, no los que posea ocultos e inexplorados, sino los que explota en realidad. Los recursos de Inglaterra en el siglo XV no eran iguales, ni mucho menos, a los de la misma Inglaterra durante el siglo XIX.

El profesor H. P. Fairchild, de la Universidad de Nueva York, sentó, en la conferencia sobre la Población Mundial celebrada en Ginebra en agosto - septiembre de 1927, una interesante teoría.

Según él, la organización social, en cuanto a su aspecto material, puede considerarse integrada por *cuatro factores: la tierra, el estado de las artes, la población y el standard de vida.*

Y a ellos vincula el concepto de población óptima, en el sentido de *densidad* que hemos explicado más arriba.

La palabra *tierra* incluye, en el caso presente, las cualidades naturales de la porción de territorio que cae dentro del dominio de la sociedad de que se trata.

El *estado de las artes*, comprende todos los medios de que dicha sociedad dispone para explotar los recursos naturales de la tierra y hacerlos capaces de satisfacer las necesidades humanas.

La *población* — tomada aquí en un sentido estrictamente *cuantitativo* — es el número de personas que forman la sociedad. Su cualidad se reputa buena de antemano. No se trata, pues, sino de contar.

En cuanto al *standard de vida*, o *nivel medio de vida*, es mucho más difícil de definir con precisión, pues, muchos que lo mencionan a menudo, no tienen sino un concepto sumamente vago acerca de él. Las múltiples definiciones que se dan oscilan entre dos concepciones opuestas: la que lo considera como un ideal y la que lo reputa *un promedio*.

Según la primera concepción, el *standard de vida* es ese *nivel de confort que todos esperan tener, o piensan que deberían tener.*

De acuerdo con la segunda — única aceptable científicamente, puesto que nos hemos de atener a lo real, evidentemente, a lo que satisface sobre todo necesidades de carácter material — el *standard de vida* es, sencillamente, *el nivel medio de confort que incluye todos los bienes materiales desde los meramente indispensables hasta los más delicados refinamientos gozados por el pueblo (considerando preferentemente la*

*familia como unidad) de una sociedad dada, en una cierta época.*

Sentada esa definición, y luego de subrayar la importancia que tiene el standard de vida por cuanto de él depende el bienestar humano, el profesor Fairchild aclara sus puntos de vista mediante un sencillo diagrama. Traza un círculo y lo divide en cuatro cuadrantes.

El círculo es la sociedad en un momento dado. Los cuatro cuadrantes son los elementos considerados.

En la parte inferior están la tierra y el estado de las artes como base de los recursos de la sociedad. De conformidad con ellos se desarrollan la población y el standard de vida. Si — suponiendo invariables los sectores de la parte inferior — admitimos que uno de los superiores se desarrolla más de prisa que el otro, habrá una *usurpación*. Si el standard de vida es el que invade el campo de la población, ésta gozará un nivel superior que será pronto compensado por un crecimiento de la población.

Por el contrario, si es la población la que invade el sector del standard de vida, habrá *sobre-población* y desequilibrio que sólo la disminución de la población podrá corregir.

Pero puede ocurrir, también, que los sectores superiores no se desarrollen totalmente. En el semicírculo superior ha quedado un *hueco*. En tal caso habrá *oligantropía*: falta de hombres, y ello dañará al standard de vida que no podrá alcanzar el debido nivel, por falta de gentes que saquen del suelo y del estado de las artes todo el provecho posible.

Es — permítasenos un paréntesis — en cierto modo, la situación de la Argentina.

Si el estado de las artes progresa, se formará en el círculo una *comba*. Eso implica que el círculo en realidad se agranda. E importa un posible crecimiento de la población, del standard de vida, o de ambos a la vez.

#### IV

Esta teoría no ha sido unánimemente aceptada, ni mucho menos. Lo primero que se objeta es que, si bien puede discernirse fácilmente cuando hay defecto y cuando hay exceso de población, no por ello es lícito deducir que, entre una y otra posición, hay necesariamente un *punto* — o, si se prefiere, una *posición* — correspondiente a la población que se ha llamado *óptima*.

Se pretende que todo el aparato científico que viste esa teoría no tiene más objeto que el de *consolidar* la posición actual de los pueblos del globo, con evidente ventaja para los anglo-sajones — inventores de la teoría — y cuya fuerza *expansiva* se ha agotado antes que la de otros pueblos más jóvenes o menos gastados.

A la cabeza de esta escuela *opositora* marchan los demógrafos italianos. Corrado Gini, Director del Instituto Central de Estadística de Roma y estadígrafo de fama mundial, acaba de publicar un libro "*Le basi scientifiche della politica della popolazione*" - Roma 1931 - en el que insiste sobre estos hechos, apenas esbozados por nosotros, y, a la vez, sobre otros basados en consideraciones de carácter político, sobre todo.

Las preocupaciones de índole particular y política que — vestidas con el severo ropaje de la ciencia — aparecen en el libro de Gini, se hallan más crudamente expresadas en un libro de pequeño volumen, pero altamente sugestivo, titulado "Regresso delle nascite: morte dei popoli", del escritor bávaro Ricardo Korherr, publicado en italiano en 1928 por la "*librería del littorio*", con prólogo del propio Mussolini.

El título de la obra dice ya cuál es la angustia que mueve la pluma del autor. Los pueblos de raza blanca — y, entre ellos, la propia Alemania, otrora tan prolífica — ven disminuir rápidamente su natalidad. Que ello sea debido a causas que escapen al control humano, o que sea este control el responsable de ello, el hecho no es menos cierto ni menos doloroso. La raza blanca está seriamente amenazada: corre el riesgo de desaparecer ahogada por otras razas cuyas reservas vitales son, aun, prácticamente, inagotables.

Combatiendo la doctrina de Malthus, dice, en el prólogo, Mussolini: "Se ha demostrado que partiendo de la población que sobre la tierra existía en tiempos de Malthus y retrogradando en el tiempo, se llegaría a esta maravillosa y a la vez grotesca conclusión: que en tiempos del imperio romano la tierra no tenía habitantes."... "Falsa es la tesis de que la calidad puede sustituir a la cantidad"... "falsa e imbécil la tesis de que la menor población significa mayor bienestar: el nivel de vida de los actuales 42 millones de italianos es muy superior al nivel de vida de los 27 millones de 1871 o de los 18 de 1816."

No nos alarmemos demasiado, sin embargo. En el cuerpo del libro hallamos exageraciones que nos confortan un tanto; cuando se recurre a tales procedimientos, hay derecho a pen-



sar que no son excesivos los argumentos inatacables. Hablando de las razas *extranjeras*, dice Kohrerr: “ En los *docks* y “ navíos ingleses trabajan más de 60.000 chinos y australia- “ nos, y su número crece en unos 7.000 año tras año. ” “ Más “ peligrosa aún es la infiltración de sangre negra en Europa. “ Los *negros* — el que subraya es el propio autor — penetran “ continuamente en la Italia meridional, en Sicilia y en la “ Península Ibérica. En España las clases inferiores tienen “ ya demasiada sangre negra en las venas; los portugueses “ están completamente saturados. Una tercera parte de Lisboa “ es negra. ”

Todo esto no son más que vanas declamaciones. El mismo Kohrerr, que lo firma, sabe sin duda que su aserto es falso. Piensa, forzando la nota, impresionar a sus lectores, pero no consigue sino amenguar la eficacia de los argumentos que — con visos de seriedad — pueden hacerse contra la *regulación de los nacimientos*.

## V

Algunos países americanos — la Argentina y los Estados Unidos especialmente — han aumentado su población merced, en gran parte, a la fuerte corriente inmigratoria que desde Europa ha acudido hacia ellos. Pero otros países — Inglaterra, por ejemplo, — han aumentado considerablemente su población sin recibir aportes del exterior. Dos factores cooperantes han intervenido para ello: el aumento de la natalidad y la disminución de la mortalidad.

La baja de la mortalidad — especialmente en las edades infantiles — es un fenómeno que continúa produciéndose, si bien con un ritmo de aceleración cada vez menor; y no podría ser de otro modo desde que la muerte es algo fatal que puede retardarse — dentro de ciertos límites — pero no suprimirse.

Damos a continuación, algunas cifras que son por demás elocuentes:

## INGLATERRA Y GALES

Períodos	MORTALIDAD GENERAL (Por 1000 ha- bitantes)	MORTALIDAD INFANTIL (Muertos antes de cumplir un año por cada mil na- cidos)
1841/50	22,4	153
1851/60	22,2	154
1861/70	22,5	154
1871/75	22,0	153
1876/80	20,8	145
1881/85	19,4	139
1886/90	18,9	145
1891/95	18,7	151
1896/900	17,7	156
1901/905	16,0	138
1906/910	14,7	117
1911/915	14,3	111
1916/920	14,4	90
1921/925	12,2	76
1926	11,6	70
1927	12,3	70
1928	11,7	65

Las muertes registradas durante los años que corresponden a la guerra mundial se refieren exclusivamente — como es lógico — al personal no combatiente.

## FRANCIA

Número de muertos por cada mil habitantes, exclusión hecha de los nacido-muertos

1811/20.....	26,1	1896/900.....	20,6
1821/30.....	25,2	1901/905.....	19,6
1831/40.....	24,8	1906/910.....	19,1
1841/50.....	23,3	1911/913.....	18,1
1851/60.....	23,9	1920/924.....	17,2
1861/70.....	23,6	1925.....	17,4
1871/80.....	23,7	1926.....	17,5
1881/90.....	22,1	1927.....	16,5
1891/95.....	22,3	1928.....	16,5

Se excluyen los años que corresponden al período de guerra y de postguerra, porque, como Francia fué uno de los principales campos de batalla, las cifras habrían de resultar sumamente abultadas.

## ALEMANIA

Períodos	MORTALIDAD GENERAL (Por 1000 ha- bitantes)	MORTALIDAD INFANTIL (Muertos antes de cumplir un año por cada mil na- cidos)
1851/60	27,8	—
1861/70	28,4	—
1871/80	28,8	—
1881/90	26,5	—
1891/900	23,5	—
1901/910	19,7	186
1911	17,3	192
1912	15,6	147
1913	15,0	151
1914	19,0	164
1915	21,4	148
1916	19,2	140
1917	20,5	149
1918	24,7	158
1919	15,6	145
1920	15,1	131
1921	13,9	134
1922	14,4	130
1923	13,9	132
1924	12,2	109
1925	11,9	105
1926	11,7	102
1927	12,0	97
1928	11,6	89

Se observará que — excepto durante los años de la guerra, que fueron particularmente duros para el pueblo alemán — tanto la mortalidad general como la mortalidad infantil decrecieron constantemente.

## ESTADOS UNIDOS

Años	MORTALIDAD GENERAL (Por 1000 ha- bitantes)	MORTALIDAD INFANTIL (Muertos de me- nos de un año por cada 1000 na- cidos)
1880	19,8	283
1890	19,6	225
1900	17,6	207
1905	16,0	193
1910	15,0	192
1915	13,6	163
1920	13,1	153
1925	11,8	133
1926	12,2	127
1927	11,4	119
1928	12,1	112

## AUSTRALIA

Períodos	MORTALIDAD GENERAL (Por 1000 ha- bitantes)	MORTALIDAD INFANTIL (Muertos de un año por cada 1000 na- cidos)
1861/70	16,5	—
1871/80	15,7	120,83
1881/90	15,2	122,24
1891/900	13,0	110,43
1901/910	11,3	87,42
1911/915	10,8	70,29
1916/920	10,9	64,63
1921	9,9	65,73
1922	9,2	52,74
1923	9,9	60,54
1924	9,5	57,08
1925	9,2	53,40
1926	9,4	53,99
1927	9,5	54,47
1928	9,5	53,01

La República Argentina no escapa — como era de preverse — a la ley general.

Véase cómo descende la tasa de mortalidad desde 1910 hasta la fecha:

REPUBLICA ARGENTINA

Períodos	Mortalidad por mil habitantes
1910/14.....	17,08
1915/19.....	17,12
1920.....	15,47
1921.....	15,78
1922.....	14,03
1923.....	14,79
1924.....	14,32
1925.....	14,12
1926.....	13,81
1927.....	14,10
1928.....	13,22

Las cifras que anteceden corresponden a la Capital Federal y a las 14 provincias. Se excluyen, por lo tanto, los territorios nacionales, o sea, menos del 5 % de la población total de la República.

Al analizar las cifras que anteceden — sobre todo al comparar entre sí las que corresponden a diferentes países — es necesario tener en cuenta que lo que se llama la *tasa de mortalidad*, — o sea el número de muertes ocurridas por cada mil habitantes — depende en gran parte de la *composición de la población*.

Es evidente que una población en la que predominen los ancianos y los niños ha de tener, proporcionalmente, una mayor mortalidad que otra población en la que el núcleo predominante se componga de gente joven, sin que esto quiera decir que la vitalidad de la primera población sea inferior a la de la segunda. Para poder hacer una afirmación fundada al respecto tendríamos que comparar la mortalidad por *edades* en uno y otro grupo. Las tasas de mortalidad que se calculan en vista de esa comparación — y para cuyo cálculo

se admite que la composición de las distintas poblaciones es la misma—se llaman *tasas standardizadas* o *tipificadas*, si se prefiere. Las otras—las que hemos dado nosotros—se llaman *tasas crudas* o *brutas*.

De cualquier modo, la tendencia a la baja de la mortalidad es evidente, y es lógico que así sea si se tienen en cuenta los incesantes y crecientes progresos que se realizan día tras día en el campo de la medicina y de la higiene.

## VI

El otro factor que determinó el rápido crecimiento de la población del mundo durante el siglo pasado, el aumento de la natalidad, ha dejado hace ya tiempo de operar: la tasa de *natalidad* está en todo el mundo occidental en franca y rápida declinación. Y aun en países que—como, por ejemplo, Alemania—hacían gala de su constante aumento vegetativo, la natalidad había iniciado ya su descenso a fines del siglo pasado.

El cuadro que sigue—formado a base de cifras oficiales—nos da las tasas medias de natalidad en distintos países durante los decenios 1871 al 80 y 1901 al 10, y durante el año 1928, y la importancia de la pérdida que, con respecto a las cifras de la primera época, representan las que corresponden a las otras dos.

PAISES	TASA MEDIA DE NATALIDAD (Nacimientos anuales por cada mil habitantes)			Tanto por cien- to de decreci- miento con res- pecto a las tasas de 1871/80	
	1871/80	1901/10	1928	En 1901/10	En 1928
	Inglaterra y Gales . . . . .	35,4	27,2	16,7	23
Dinamarca . . . . .	31,4	28,6	19,6	9	38
Suecia . . . . .	30,5	25,8	16,2	15	47
Suiza . . . . .	30,7	26,9	17,5	12	43
Alemania . . . . .	39,1	32,9	18,6	16	52
Francia . . . . .	25,4	20,6	18,2	19	28
Italia . . . . .	36,9	32,7	25,9	11	30
Australia . . . . .	36,1	26,5	21,3	27	41
Nueva Zelanda . . . . .	40,5	26,8	19,6	34	51
Serbia . . . . .	40,5	38,9	—	4	—
España . . . . .	37,9	—	29,7	—	22

Contrastan las cifras anteriores con las que siguen, correspondientes a varios decenios del siglo pasado:

PAISES	TASA DE NATALIDAD (Por 1000 habitantes)									
	PERIODOS									
	1836/40	1841/45	1846/50	1851/55	1856/60	1861/65	1866/70	1871/75	1876/80	
Inglaterra y Gales	31,3	32,3	32,8	33,9	34,4	35,1	35,3	35,5	35,3	35,3
Dinamarca . . . .	29,9	30,1	30,7	31,9	32,9	30,9	30,6	30,8	32,0	32,0
Suecia . . . . .	30,6	31,3	30,9	31,8	33,7	33,2	29,7	30,7	30,3	30,3
Alemania . . . . .	—	36,8	35,8	34,9	36,3	37,0	37,8	38,9	39,2	39,2
Francia. . . . .	28,4	28,1	26,7	26,1	26,6	26,7	26,1	25,5	25,3	25,3

Por supuesto, nuestro país no ha podido eludir esa ley general. Tenemos, así, las cifras que siguen correspondientes — como las que dimos antes para la mortalidad — a la Capital Federal y a las 14 provincias, con exclusión de los territorios nacionales:

Años	Tasas de natalidad
1910/14.....	37,86
1915/19.....	33,94
1920.....	32,27
1921.....	32,75
1922.....	33,10
1923.....	33,97
1924.....	32,76
1925.....	31,70
1926.....	31,31
1927.....	30,70
1928.....	30,56

## VII

Así, pues, las cifras parecen dar la razón a los que temen, no la *superpoblación*, sino la *despoblación* del mundo. Del mundo *occidental*, del mundo *blanco*, se sobreentiende, ya que es éste el que ve — por una o por otra causa — mermada su capacidad reproductiva. Es verdad que *todavía* el número de nacimientos excede al de muertes, pero no puede

tardar en ocurrir lo contrario, si las cosas continúan como hasta aquí, pues, como hace notar el estadígrafo americano Robert R. Kuczynsky, de la Brookings Institution, en su reciente libro "The balance of births and deaths", únicamente *si cada mujer es madre de dos hijos capaces de tener hijos a su vez*, la población podrá mantenerse estacionaria. Si el número de hijos — *en promedio* — es menor de dos, la población habrá de decrecer, inevitablemente, a partir de un momento dado.

Y ello nos lleva, como de la mano, a considerar otro índice de natalidad más preciso que la relación entre el número anual de nacimientos y el total de los habitantes del país, relación a la que hemos llamado *tasa de natalidad*. Lo mismo que en el caso de la mortalidad, la composición de la población puede influir en la tasa de tal modo que nos lleve a conclusiones contrarias a la realidad. Puede *standardizarse*, también, esta tasa, pero se usa, además, la llamada *tasa de fertilidad*: relación entre el número de nacimientos y el de mujeres en edad de concebir — entre 15 y 50 años.

Así, el profesor G. Undy Yule, en una interesante monografía sobre "The fall of the birth rate" — *La caída de la tasa de natalidad* — da las siguientes cifras relativas a Inglaterra y Gales.

#### TASAS DE NATALIDAD Y DE FERTILIDAD

(Nacimientos legítimos)

Año	Por 1000 habitantes	Por 1000 mujeres casadas menores de 45 a.	Reducción de las cifras de las dos columnas anteriores, igualando a 1000 las de 1871	
1851 . . . . .	31,9	285	967	990
1861 . . . . .	32,4	280	982	972
1871 . . . . .	33,0	288	1.000	1.000
1881 . . . . .	32,2	285	976	990
1891 . . . . .	30,1	269	912	934
1901 . . . . .	27,4	234	830	812
1911 . . . . .	23,4	196	719	681

Yule da, también, las tasas medias de fertilidad legítima para Francia, Suecia y Bélgica desde 1846 hasta 1905. Es



decir, que sólo se toman en cuenta las mujeres *casadas* de 15 a 50 años.

Años	Suecia	Francia	Bélgica
1846/55. . . .	241	179	252
1856/65. . . .	248	172	276
1866/75. . . .	235	172	270
1876/85. . . .	240	167	264
1886/95. . . .	231	150	236
1896/905 . . .	219	134	213

El fenómeno se acentúa visiblemente al finalizar el siglo XIX. Y es cosa averiguada que, después de la guerra, se intensifica más aun. Y, sin que sea necesario admitir, por ello, que las prácticas del llamado *neomalthusianismo* se hayan extendido demasiado: no; bastan simplemente, las condiciones de la vida moderna que alejan, cada día más, a la mujer de la vida del hogar y la lanzan a la lucha diaria en condiciones que la llevan a ser, más bien un camarada —y aun un competidor— del hombre, que una *compañera* en el sentido que se daba a esa palabra hace no muchos años.

### VIII

Una fuerte natalidad vigoriza a una población. Una natalidad pobre — por el contrario — la debilita paulatinamente.

Ya antes de la guerra, sir Joseph Burn, en un jugoso y sintético libro "*Vital Statistics*", hacía notar cómo Alemania, merced a su alta natalidad, tenía no sólo mayor población que Inglaterra o Francia, sino, también, una *mejor distribución de ésta por grupos de edades*.

Así, distribuyendo la población total de cada país en cuatro grupos que contuvieran cada uno la *cuarta parte* de la población total del país respectivo, rigurosamente ordenada por edades, se llega a las siguientes cifras:

EIDADES POR DISTINTOS GRUPOS					
Países	Año	I Cuarto	II Cuarto	III Cuarto	IV Cuarto
Alemania . .	1910	de 0 a 10,75	de 10,76 a 23,50	de 23,51 a 40,75	Mayores de 40,75
Inglaterra. .	1911	de 0 a 12	de 12,01 a 25,75	de 25,76 a 42	Mayores de 42
Francia. . .	1906	de 0 a 14,25	de 14,26 a 30	de 30,01 a 48,75	Mayores de 48,75

Es decir que, aparte de su superioridad numérica — sin hacer ninguna discriminación —, Alemania tenía un evidente predominio de población dentro de las edades *productoras*: edades concepcionales para la mujer; de labor para el hombre.

Recientemente, la revista alemana “Wirtschaft und Statistik” — N.º 24, de 1930 — ha publicado un estudio relacionado con este tema. Se ocupa de la composición de la población alemana, por edades, a partir de 1871, y empieza por dar el siguiente cuadro:

## COMPOSICION DE LA POBLACION POR GRUPOS DE EDADES

Población total = 100

Años	E D A D E S				Total
	0 a 15	15 a 45	45 a 65	65 o más	
1871 . .	34,4	44,3	16,6	4,7	100
1890 . .	35	44,2	15,7	5,1	100
1910 . .	34,1	45,6	15,3	5	100
1925 . .	25,7	49,3	19,2	5,8	100
1930 . .	23,3	50,3	20	6,4	100

Toma, luego, la cifra de los nacimientos en 1927 — *un millón ciento setenta mil* — como constante para lo sucesivo. En tal supuesto, el número de los componentes de la clase más joven (0 a 15 años) podrá aumentar hasta 1932/35. En lo sucesivo decrecerá sin interrupción. Las clases en edades productivas (15 a 45 y 45 a 65) aumentarán en el intervalo 1930/32. Pero en el intervalo 1933/35 el aumento se detendrá porque ingresarán a ellas los nacidos durante la guerra, cuyo número fué escaso. De ahí en adelante, los grupos mencionados (15 a 65) aumentarán, acaso, lentamente hasta 1940, que marcará un máximo. Luego decrecerán hasta 1980. El grupo senil, en tanto, crecerá continuamente:

Años	GRUPOS DE EDADES				Total
	0 a 15	15 a 45	45 a 65	65 o más	
1930 . .	23,3	50,3	20,0	6,4	100
1935 . .	24,4	47,7	20,8	7,1	100
1940 . .	22,8	47,9	21,5	7,8	100
1945 . .	22,2	46,7	22,4	8,7	100
1950 . .	21,9	44,4	24,5	9,2	100
1960 . .	21,7	40,3	27,9	10,1	100
1970 . .	21,8	40,8	25,2	12,2	100
1980 . .	22,1	41,2	22,8	13,9	100

Se ve, pues, por lo que antecede, que el problema de la población no se deja reducir — al menos por ahora — a un enunciado sintético que lleve en sus propios términos las indicaciones necesarias para ponerlo en ecuación y resolverlo.

En realidad, hay tantos problemas de la población como naciones.

Se explica, entonces, sin esfuerzo que — considerando el problema desde un punto de vista estrictamente *nacional* — países de población no muy densa — como ser los Estados Unidos — traten de limitar el crecimiento de la población creyendo, así, mantener a sus naturales un elevado nivel de vida; mientras otros países — Italia, por ejemplo — no obstante estar densamente poblados, tratan de aumentar cada vez más su población para acrecentar, con ello, su potencia industrial y — ¿por qué ño decirlo? — militar.

Hay países que, dentro de su propio territorio, han empezado a sentirse estrangulados. Acaso fué esa sensación de estrangulamiento la que creó el imperialismo alemán.

Es — actualmente — el caso del Japón que se ahoga dentro de sus propios límites.

El problema es grave y digno de que nos fijemos en él. Ya en agosto de 1922, el barón Keikichi Ishimoto publicaba, en el "Manchester Guardian", un artículo dedicado al problema de la población en su patria, y terminaba diciendo: "En último análisis, es el control de los nacimientos el único medio que tiene el Japón de resolver el problema que le crea una población siempre en aumento, mientras permanece estacionaria la provisión de alimentos."

El país no tiene ya capacidad para absorber el incremento anual de seiscientas a setecientas mil personas; las dificultades que se presentan para la emigración de tan considerable masa de hombres, si a tal extremo se quisiera apelar, son poco menos que insalvables. En los países más próximos: Corea, Manchuria y Siberia, el japonés se halla en inferioridad de condiciones frente a los trabajadores chinos y coreanos que trabajan a vil precio. <sup>(1)</sup>

Australia, — con casi ocho millones de kilómetros cua-

---

(1) Esto se dijo en clase, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el viernes 18 de setiembre de 1931. Al día siguiente los diarios de la mañana anunciaban, con profundo estupor de quienes deberían haberlo previsto, que el Japón había iniciado una acción de *policía* en la Manchuria.

drados y menos de siete millones de habitantes — ofrecería — aún descontando la parte central árida e inhospitalaria — varias extensiones colonizables.

Pero Australia, como todos los dominios ingleses, como los Estados Unidos, defiende la pureza de su raza y prohíbe la inmigración amarilla.

Quedan la América Central y la del Sud. Pero el viaje cuesta veinte libras por emigrante. Seiscientos mil emigrantes costarían doce millones de libras. Además, ¿dónde hallar barcos para el transporte? Admitiendo que cada vapor pueda llevar ochocientos pasajeros y haga seis viajes por año, harían falta ciento veinte barcos para los seiscientos mil presuntos emigrantes.

Y como el análisis que hace, a renglón seguido, comprueba que tampoco es posible pensar en introducir en cantidad suficiente los alimentos que faltan, se ve obligado el autor a admitir, muy a pesar suyo, como única solución viable, el *control de los nacimientos*.

## X

¿Y la Argentina? Su situación es, en cierto modo, semejante a la de Australia. Frente a países cuya población crece demasiado a prisa tiene menos de la cuarta parte de la población que cabe holgadamente dentro de sus fronteras. Hoy estamos aún libres de presiones exteriores. Acaso la presión no se haga sentir nunca. Pero ello no es seguro. ¿Podremos considerarnos siempre dueños de nuestras tierras? Un político eminente dijo, hace mucho, que gobernar es poblar. En aquel tiempo *bastaba poblar*: hoy hace falta, además, tener una visión clara de *cómo* se ha de poblar. Hace falta una política de colonización bien definida. Una política inteligente, que favorezca el desarrollo de las regiones medio desiertas del interior y de las casi totalmente desiertas del sud, se impone por un doble motivo. Para valorizar el territorio en la medida de sus inmensas posibilidades — aquí de las teorías del profesor Fairchild, respecto a la *densidad* — y para evitar que tengamos que hacer frente a conflictos insospechados. Hay en la Patagonia localidades aisladas del resto del país y que viven virtualmente *chilenizadas*. Matrimonios y bautizos se realizan del otro lado de los Andes. El dinero que circula es chileno. Peones y capataces chilenos son. En un libro publicado recientemente por un escritor chileno, se alegan derechos a las tierras patagónicas.

Se trata de hechos aislados, de sucesos intrascendentes, de literatura nacionalista. Bien, pero no por ello es menos cierto que hay leguas y leguas de tierras virtualmente libres, inocupadas que solicitan la atención de gentes que se sienten angustiadas por la falta de espacio.

Sin exceso de nacionalismo, sin belicosidades inoportunas, dentro del generoso espíritu con que nuestra Carta Fundamental abre las fronteras de la Nación a *todos los hombres del mundo*, es necesario prestar al problema toda la importancia que tiene. Hay que poblar y colonizar esas tierras, y, al hacerlo, hay que cuidar — ¡y con qué esmero! — el aspecto *cualitativo* de la población. No se puede dejar el campo abierto a una inmigración asiática o norteafricana que oscurezca la piel de nuestros hijos.